

LOS DEBATES

REVISTA QUINCENAL

ÓRGANO UNIVERSITARIO

Año II - 2ª Época | Montevideo, Noviembre 30 de 1897 | Tomo II—N.º 14

El segundo alto

Después de siete meses de labor continua, de lucha constante contra mil obstáculos; después de haber sufrido muchos tropiezos llenos de peligro, hemos llegado al sitio indicado previamente para detenernos por segunda vez en nuestra marcha. «Los DEBATES» ha andado ya el camino obligado á recorrer en su segunda jornada, y al retirarse de la arena donde ha venido combatiendo, ostenta con orgullo la legalidad de sus triunfos y el honor de sus derrotas.

Al dejar la pluma que hasta ahora hemos tenido en la mano, sabemos demasiado que no nos corresponde á nosotros juzgar nuestra obra, porque si tal hiciéramos, el fallo que sobre ella dictásemos, podría, aún á pesar nuestro, adolecer de falta de imparcialidad, y la imparcialidad es el fundamento y mérito de toda sentencia. Así, pues, no nos empeñaremos en semejante tarea, y la dejaremos para aquellos que se lancen á caminar por nuestra propia senda, advirtiéndoles desde luego que acataremos sin apelación su dictamen, siempre que se halle fundado en la más estricta justicia, y vaciado en el molde de la imparcialidad más absoluta.

Sin embargo, cuando se llega al fin de una jornada tan azarosa como ha sido la nuestra, y, sobre todo, cuando se llega con la conciencia del deber cumplido, nada es tan grato como dirigir una mirada hacia el pasado, para observar los obstáculos vencidos, porque parece que cuanto mayor ha sido la magnitud de las trabas, tanto más grande se nos presenta el triunfo alcanzado.

Por otra parte, no nos es dado apreciar lo rudo de la lucha mientras actuamos en ella, y es sólo después, cuando nos hemos retirado ya, cuando el espíritu

ha recuperado la calma, y el pensamiento su normalidad; cuando nos hallamos libres de las agitaciones del momento que anublan nuestra visión clara, sólo entonces, lejos del teatro de los sucesos, podemos darnos cabal cuenta de lo que hemos hecho y de lo que hemos padecido; sólo entonces nos encontramos en condiciones de apreciar debidamente nuestra conducta, y de juzgar como se debe el proceder ajeno.

Esto y aquello es lo que nos impulsa á dirigir una mirada retrospectiva hacia el camino que hemos terminado de recorrer, pero advertiremos nuevamente que el propósito que nos compele á tal tarea, no es el de juzgarnos, sino el de hacer un examen de conciencia, una declaración íntima á los amigos que, observándonos de lejos, no han podido darse cuenta de los gigantesco de la lucha en que estuvimos actuando.

Si comenzamos esa revisión ligerísima desde el momento preciso en que nos lanzamos á la palestra, sin otros ideales que los ideales de todos, y sin más esperanza que la esperanza del triunfo, una inmensa satisfacción íntima se apodera de nosotros, y es la satisfacción que produce el cumplimiento de la palabra empeñada.

Nos complacemos pues, en observar que, lo más preciado de esta publicación: el honor, ha salido incólume, y que nuestra bandera que nos fué entregada sin sombras, la devolvemos sombreada, es cierto, pero por los laureles del triunfo al ser iluminados por la gloria.

El combate ha sido encarnizado, como ha de serlo siempre que se halle de un lado la justicia, la independencia y el progreso, y del otro, el interés, el servilismo y la retrogradación.

¿Quién ha sido ese enemigo que, á pesar de su derrota, está muy lejos de hallarse reducido á la impotencia? Ha peleado enmascarado, pero á través de su careta hemos podido sorprender los rasgos y el

gesto de su fisonomía, y, á pesar suyo, lo presentaremos tal cual es para que todo el mundo lo conozca.

Existe en nuestra Universidad un algo que flota en su atmósfera y que empezando á ejercer su pernicioso acción desde el momento en que el estudiante pisa por primera vez sus umbrales, hace gestar en su espíritu, y se apodera de él, la idea de su prepotencia personal. De este modo, cada individuo trata de convertirse en una fuerza capaz de atraer en su derredor las voluntades de los otros, para encerrarlas en la ergástula de la suya propia, y poder así, en el momento oportuno, oponerse á quienes contraríen sus deseos, y hacerse levantar, para llegar á la altura que ambiciona, sobre los hombros de los que le forman círculo, merced á los esfuerzos de estos, ya que le es imposible hacerlo á costa de los suyos.

Es algo que nombramos antes, y cuyo efecto expusimos, son los ésporos la zizaña que divide nuestros elementos, desmembrando nuestro organismo, y alejando de su punto de acción á cada una de las componentes de nuestro sistema de fuerzas, cuando deberían actuar, persiguiendo un ideal universal y único.

Como no faltan nunca espíritus serviles que no poseen la mas rudimentaria idea de libertad personal; espíritus pobres que se dejan alucinar por el espejismo de falsas cualidades, nuestro embrionario caudillo consigue su objeto, y acumulando fuerzas, no tarda en poner en actividad todos los resortes del cacicazgo, para lograr de ese modo el objeto de sus desvelos. Desde ese momento, pugna para obtener de cualquier modo ingerencia en todas las obras, é influir en todas las determinaciones á tomarse. Pero he aquí, que frente á su voluntad casi única, nace y toma forma una idea en la cual, él, á pesar suyo, nada tiene que ver; pues bien, basta esto tan sólo, para que ese *caudillejo local*, si se nos permite la expresión, le declare la guerra, aunque para batirla tenga que echar mano á las armas mas viles.

Si es luz lo que se levanta ante sí, no vacila en extinguirla aunque se produzca oscuridad; si es libertad, no titubea en aniquilarla aunque su aniquilamiento traiga como consecuencias las cadenas de la esclavitud.

Y así ha de ser, porque su poder descansa en la oscuridad y el servilismo.

Sacadle la base al ídolo de barro decorado, y él caerá, rompiéndose en pedazos, y mostrando su constitución indigna de tanto honor.

Pues bien, ese es el retrato del enemigo más encarnizado que hemos tenido, y á quien hemos vencido por el solo hecho de haber subsistido en contra suyo, sin que haya podido hacer entrar la laxitud en nuestra inquebrantabilidad de ánimo, y sin que nos haya podido hacer retirar de la arena hasta que nuestra misión hubiese terminado.

Este ha de ser indudablemente el obstáculo más poderoso, contra quien han de luchar en todo tiempo los que lleven á cabo empresas como la nuestra. Contra ese obstáculo hay que luchar encarnizadamente por el nombre de nuestra Universidad, y por la dignidad personal deprimida por semejantes actos.

La tarea será aliviada por la propia naturaleza de las cosas, que envueltas en el torbellino de la evolución incesante y creciente, se modifican y cambian á cada momento. El sol del progreso que se eleva lenta y eternamente sobre el horizonte de la humanidad, ha de borrar con el tiempo ese resabio de sombra, disolviéndolo en los eflúveos de su luz creciente, como disuelve el sol de la mañana los últimos restos de una noche que quiere resistirse y que no puede, y que concluye por huir, cuando invaden al cielo las supremas claridades del día.

Sin embargo, no hay que entregar la tarea á las manos únicas del progreso; es menester, para apresurar esa obra dignificante, ayudarla con los esfuerzos del hombre, y unir á esa luz que todo lo invade, la luz que brota del cerebro humano.

Sea quien sea el que descienda á la arena, para reaccionar contra esa práctica denigrante, aquí está nuestra bandera y nuestro escudo; pronta la una á simbolizar sus ideales y propósitos, y el otro, á defender el pecho del campeón del honor, de la justicia y de la libertad.

Otra traba que se encuentra en la marcha, es la falta de apoyo que se nota desde el primer momento, sobre todo cuando la idea no es nueva, cuando cuenta ya al-

gun tiempo de existencia; ausencia de apoyo que hace pensar en la formación de un vacío terrible, en derredor del que pretende llevarla adelante. La causa de este hecho es de esas que un sociólogo moderno llamaría una *causa general*, y debemos buscarla en la idiosincracia de nuestro pueblo. Él es esencialmente novelero, y toda idea nueva es acogida calurosamente, para ser abandonada al breve tiempo, y desaparecer, por último, falta de una base que la mantenga. Sin embargo, fácilmente puede salvarse el obstáculo apuntado, y la perseverancia y la laboriosidad, son dos armas que lo combaten con ventaja. Así, pues, armarse de ellas es indispensable si se ambiciona el triunfo.

Ahora nuestra obra está consumada, y aquí la dejamos pronta á ser examinada por el primero que quiera hacerlo.

Que es imperfecta nadie puede dudarlo, y absurdo sería que alguien no echara en cara sus defectos. Así como lo absoluto está vedado para el espíritu del hombre, y solo puede llegar á conocer lo relativo, así también la perfección es imposible encontrarla en las obras humanas, porque la perfección no es, ni puede ser otra cosa, que lo absoluto mismo, es decir, lo absoluto desde el punto de vista de la calidad de las obras.

La propia imperfección con que nos ha formado la naturaleza, condena irremisiblemente á estampar el sello, de barro en las obras más brillantes de la humanidad.

Cuando nos hicimos cargo de esta tarea nos propusimos ser sinceros, porque hemos creído siempre que en las luchas de esta índole, los combatientes deben pelear á cara descubierta. A vosotros os toca decir ahora si hemos llenado ó no nuestro propósito.

Quizá por ser demasiado sinceros, hayamos herido á veces la susceptibilidad ajena, pero es este el momento oportuno para declarar que, si tal hicimos, fué siempre involuntariamente. Repudiamos el insulto y todo aquello que pueda ofender directamente el honor. Hemos peleado siempre con el arma de la verdad, protegidos por el escudo de la razón; y si alguna vez hemos llegado á herir demasiado profundamente; si alguna vez hemos dicho lo que alguien desagradaba oír, ha sido porque

la verdad no puede retenerse ni puede callarse. Por esa ha dicho Hugo que: «la verdad no capitula.»

Para terminar solo nos resta agradecer efusivamente á todos aquellos que, en cualquier forma, nos hayan ayudado para hacernos más liviano nuestro cometido. Nuestro agradecimiento, pueden creerlo, será eterno.

Hasta ahora hemos venido caminando por un mismo sendero, pero nos encontramos en un punto en que el camino se divide: parten de él senderos diversos que conducen todos á un mismo fin. A los que siguen con nosotros nada le diremos, puesto que continuaremos siendo compañeros de viaje; pero á los que nos abandonan momentáneamente para dirigirse por senderos diversos, sólo nos resta darles un *hasta luego*, indicándoles al mismo tiempo la meta de nuestros esfuerzos, donde volviéndonos á ver nos estrecharemos fuertemente, para comunicarnos nuestras impresiones, y celebrar conjuntamente nuestros triunfos.

La Redacción.

ROMANCE

Dedicado á mi amigo J. A. RAMPINI

En las noches de Verano
 En que brilla más la luna,
 Se ven escenas curiosas
 Y también cosas que asustan,
 Andan muchos jovencitos
 De todas clases y alturas
 Rodando por esas calles
 De diversiones en busca,
 Donde se encuentra el bullicio
 Y las pasiones en lucha.
 A un mozo una jovencita,
 Que aún tiens algo de farruca,
 Le dice en tono mimoso
 ¿Amor eterno me juras?
 Y sin temer un tropiezo
 El tardo paso apresura;
 Otra joven que parece
 Ser como hermosa tan pura,
 Caminando apresurada
 Va de su galán en busca.
 Una linda sirvientita
 En cuyos oídos zumban
 Palabras que un mozalbete
 Le brindara, se apresura
 A concurrir á la puerta
 Donde charlan y se aúnan
 Los dos lindos pichoncitos.
 Hay, además, á quien gusta

Estacionarse en las tiendas,
 Contemplar las confituras,
 Y, luciendo falsas joyas,
 Un falso abanillo fuman;
 Compadres de barrios bajos
 Que van á correr la tuna
 Y que á jóvenes decentes
 Barbaridades rebuznan;
 Un ebrio llevado ppresso
 Atados las manos juntas;
 Una riña entre gallegos
 Donde se rompen la nuca;
 Dos tontos que en la ventana
 Palabras de amor murmuran,
 Sin mirar que pasa el viento
 Y se las lleva á babuchas;
 Dos mujeres, conversando,
 A sus vecinas triturán,
 Sacándoles con donaire
 Los trapitos á la luna;
 En tanto dos gatos negros
 En la azotea maúllan,
 Interrumpiendo su charla
 Como por hacerles burla,
 Y sus pobres pequeñuelos
 Desgañitanse en la tuna

Estos y otros muchos cuadros
 Que no pinta bien mi pluma,
 Por sus graciosos pasajes
 Merecen justa censura.
 Vayan todos los que quieran
 A respirar las inmundas
 Miasmas, que, en los bajos barrios,
 Media población circundan,
 Que yo en mi casa me quedo
 Donde la paz se disfruta,
 Donde reina la alegría
 Y están las glorias más puras,
 Donde el amor se respira
 Que nuestras almas aduna.

Agosto de 1896.

R. E. Rodriguez.

NOCTURNO

Daban las once en el reloj de la Catedral.
 Al sonar la última campanada me levanté
 instintivamente de mi asiento para acom-
 pañar, como de costumbre, á mi amigo Casio
 Dineceo.

Como aquella noche jugamos al ajedrez
 y como temiera que la cavilación se me
 hiciese demasiado pesada, traté de entre-
 tener el tiempo apurando algunas copas de
champagne, concluyendo al fin por en-
 contrarme algo más que mareado.

En el saloncito reservado del café donde
 concurríamos cotidianamente, había una
 pesada atmósfera, formada por el humo de
 los cigarros y por la misma traspiración,
 puesto que éste estaba muy poco ventilado.

Casio se levantó como apesadumbrado de
 retirarse tan pronto, y después de estre-
 char la mano de todos los compañeros allí
 reunidos, me dijo con sequedad: vamos.

Saludé á los presentes y lo seguí, tratan-
 do de andar lo más derecho que me era po-
 sible, dado mi estado.

Una alegría tan intensa como extraña
 invadía mi alma; mi rostro aparecía con-
 traído por la vaga sonrisa que acariciaba
 mis gruesos y lujuriosos labios; mis movi-
 mientos eran mucho más activos y despro-
 porcionados que de costumbre.

Casio abrió la puerta que daba salida á
 la calle; una ráfaga helada le hizo inclinar
 la cabeza y murmurar:

—¡Que frío! — Yo, debido á mi estado, se-
 guramente me pareció que deliraba y le
 pregunté:

—¿Tienes frío? Pues yo siento muchísimo
 calor.

—Es que tu andas mal, me respondió
 sonriendo.

Al oír aquella respuesta me vinieron im-
 petus de enojo, pero me perseguía como la
 sombra al cuerpo que la motiva, aquella
 alegría infinita, que en este caso podía lla-
 mar malhadada, la que, me impidió irri-
 tarme.

En realidad la noche estaba pésima; den-
 sos nimbus cubrían el cielo por demás her-
 moso de Montevideo; las calles de la recon-
 quistadora ciudad eran violentamente ba-
 rridas por el horrible pampero que tan á
 menudo, nos hace intempestivas visitas.

Por una extraña aberración, la noche me
 pareció maravillosa; veía mejor dicho, me
 imaginaba ver, un hermoso cielo preñado
 de estrellas, que cual mil inquisitoriales
 ojos, parecían querer atravesar los míos y
 leer en aquellos instantes, enfermizos pen-
 samientos.

Hasta las casas me parecían mucho más
 bellas; las veía profusamente iluminadas y
 me forjaba la idea que en su interior había
 inusitado movimiento.

Casio caminaba callado.

Habiase encasquetado el sombrero; lleva-
 ba levantado el cuello de su clara americana
 y las manos en los bolsillos de su elegante
 pantalón.

Yó, por el contrario, llevaba mi ameri-
 cana suelta, el sombrero, aunque fuerte-
 mente puesto, echado hacia la nuca y las

manos me caían á lo largo del cuerpo como si ellas me fueran completamente inútiles, y deseaba que desaparecieran, para no tener más tan pesados vecinos.

Por otra parte el viento arreciaba y gruesas gotas de agua comenzaban á caer, impregnando la atmósfera de ese olor indefinible de tierra, que á veces aspiramos con cierta salvaje fruición, y otras, por el contrario, lo encontramos completamente insufrible.

*
**

En esos momentos llegamos á la Plaza de la Constitución. Casio dirigió la mirada hacia el reloj de la Catedral y murmuró con acento algo alarmado.

—¡Las once y cuarto!...

Yo que oí otra cosa respondí:

— Muy bonita.

Aquí debo hacer una digresión.

Casio estaba en esa edad en que un niño se vuelve joven, en esa bella primavera que se llama principio de la adolescencia. Su rostro era un conjunto raro y hermoso á la vez donde se mezclaban profusamente las líneas severas del hombre con los delineamientos delicados de la mujer. Su vez que estaba en momentos de cambio, poseía un timbre marcadamente mujeril. Sus ojos eran negros como esa misma noche y profundos, como eran indecisos mis pensamientos en ese momento. Su mirar era esencialmente dulce y junto con la melosa inflexión que daba á su voz cuando lo deseaba, hacia que fuera en ocasiones, adorable. Su cabello de color castaño rubio, adornaba su perfecta cabeza, con bucles que podían ser la envidia de la más bella mujer.

Yó no sé si debido á la semejanza que tenía Casio con una niña que me había devanado los sesos por mucho tiempo, ó si debido á mi estado de causi-embriaguez, se me imaginó la más hermosa de las ninfas, ideada por el más calenturiento y enfermizo de los magines, y esto, fué la causa de que por medio de un movimiento rápido y completamente imprevisto, pasara la mano por el cuello de Casio, y estrechando su cabeza contra mi pecho, imprimiera un sonoro y ardiente beso en su sonrosada y tersa mejilla.

El, que en realidad no esperaba tal cosa, llevó la mano apresuradamente al rostro, al mismo tiempo que una oleada de sangre le subía á la cabeza, como protestando con-

tra aquel atropello tanto más brutal y ridículo cuanto que no tenía precedente.

*
**

Después de esta escena, rojo el rostro y acariciados mis gruesos labios por una sonrisa de irresistible deseo, dirigí la vista hacia mi amigo, para observar el efecto que en él había producido mi acción, y á pesar de oír con toda claridad los improperios que me dirigía me pareció ver en su rostro, señales de regocijo y en sus ojos brillantes cual dos luceros escrita con caracteres inequívocos la palabra: *lujuria*.

Acto continuo apresuró el paso, llegando pocos momentos después á su casa, abrió la puerta y con voz, híbrida extraña de irritación y alegría, me dijo:

—¡Adiós!

Tomás S. Gouso.

SONETO

A mi amigo C. Díaz

Un vívido reflejo en la llanura,
Una llama brillante que deslumbra,
Una constante inspiración que encumbra;
Un iris, fiel trasunto de hermosura.

Una vivaz estrella que en la altura
Con luz inextinguible nos alumbra,
El eclipse total de la penumbra,
Y con éste el cesar de la tristura.

Una dulce esperanza ya cumplida,
Un hermoso ideal que se ha alcanzado,
Una acción que á un entero pueblo admira,
Y que vuelve al hogar el ser amado,
Tal es la paz, que hoy, fulgente astro,
Del dolor de la patria borra el rastro.

Agosto Musso.

EL NÚMERO 4040

(LA VIDA DE UN JUGADOR)

Aquella noche Ramiro se hallaba completamente abismado en tristes reflexiones.

Sentado en un ancho sillón con la mirada clavada en el suelo, dejaba escapar de su boca palabras agrias y malsonantes.

Era el monstruo herido que se quejaba.

—He perdido todo; no tengo ni un céntimo! ¡Maldito juego! ¡Maldito! No. Si el Marqués de Rosas me hubiese prestado diez mil pesetas, habría ganado trescientas mil. Estoy seguro, segurísimo.

—¿Y por qué no te los ha prestado? ¿Acaso no tiene confianza en ti? contestó Alfonso que hasta ese instante había leído la crónica de «*El Social*».

—¿Confianza?... ¡Palabra vanal! La confianza no se tiene en una persona sino en los caudales que posee; y además, ¿Entre jugadores puede existir tal confianza? Creo que no.

—Hasta cierto punto tienes razón, Ramiro.

—Pero dime Alfonso ¿Como seguir jugando? Todo lo que aquí ves está empeñado todo, absolutamente todo; no tengo dinero para pagar los empréstitos y aunque lo tuviera ¿Tu crees que haría tal cosa? Pues seguiría jugándolo como si fuera lo más natural.

—Pero Ramiro ¿Por qué no dejas ese vicio atroz, ese vicio que te arrastra á la ruina, á la perdición, á lo más horrible, á lo que no puede expresarse sin conmoverse? . .

— ¡Alfonso, calla! No te permito que me reprendas. ¿También tú quieres ser mi consejero? Ahora que estoy perdido, hablas de esa manera. ¿Por qué no hiciste tal cosa en tiempos anteriores en lugar de encaminarme, tú mismo, tú que ahora me reprendes, en el sendero del juego?

Alfonso no supo contestar.

Un breve momento de silencio reinó en aquella habitación pequeña que daba á la calle, cuyas paredes estaban empapeladas de verde, que estaba lujosamente amueblada y que la iluminaba una lámpara que despedía rayos sonrosados al través de una pantalla de color rojo subido.

De pronto Ramiro tomó la palabra.

—Mira Alfonso, déjate de retóricas y dame un consejo que pueda llevarme á buen fin. ¿Como podré conseguir dinero?

Alfonso miró á Ramiro y después de haber cavilado un rato, pues los jugadores no piensan, le dijo:

—¿Dices que has empeñado todo?

—Si.

—¿Y las alhajas de tu esposa?

—¡Hombre, tienes razón! ¡Vaya una idea luminosa que ha de disipar las oscuras tinieblas que me rodean!

Pues las alhajas de Elvira me han de sacar de apuros.

Espera un instante, Alfonso.

Levantóse de su asiento y con sigiloso paso se dirigió á la habitación de su esposa, que en esos momentos dormía tranquilamente.

Buscó el *secretaire* y lo halló cerrado; revolvió con cuidado y afán hasta que encontró la llave con que le abrió. Sacó de él las joyas más preciosas que él mismo había regalado á Elvira cuando novia, y con paso de vencedor, con mirada brillante y sin preocuparse de cerrar de nuevo la fuente de sus desgracias, se encaminó hacia el saloncito en que se encontraba su compañero.

—Aquí tienes Alfonso, estas pocas alhajas que me han de sacar de mis honduras. Importarán cincuenta ó sesenta mil pesetas; con su valor rescataré todo lo perdido. Tengo el presentimiento que he de ganar una fortuna inmensa. ¿Lo sabes? Lo que ahora debemos hacer es salir inmediatamente. Trataremos de vender ó empeñar todo esto y en seguida á jugar nuevamente.

—No te apresures Ramiro; tienes tiempo de sobra para perder. Deja para mañana.

—¿Para mañana? ¿Acaso estás loco?

¿Te parece conveniente despreciar la ocasión que puede brindarme la fortuna? No perdamos ni un instante, Alfonso.

Levantóse éste, encasquetose el sombrero, tomó su bastón y después que Ramiro guardó las joyas en una pequeña bolsa, salieron cautelosamente.

Eran las dos de la mañana

* *

Al final de la cuarta cuadra de la *Calle de Quirós*, sobre la puerta de una casa en estado ruinoso, hay un letrero que dice: *Abraham* y con caracteres más grandes: *Cambista y prestamista*.

Judio por el nombre y judío por la profesión, es decir que Abraham era digno hijo de su país.

La puerta se hallaba cerrada.

Un grupo de dos personas se acercó á ella.

Una de las personas golpeó despacio con el puño del bastón.

Un ladrido feroz respondió: una voz más agria que el ladrido apagó á éste: era la de Abraham que acudía.

Ramiro, pues esas dos personas no eran otras que las que ya conocemos, acercó la cara á una abertura y pronunció estas palabras:

—Abraham, abre. Soy Ramiro.

—¡Ah, Su Excelencia! Ya voy.

Oyeronse descerrar cerrojos, revolver manojos de llaves, bajar pasadores, todo eso para abrir una endeble puerta que á pesar de ello, podía desquiciarse fácilmente con un golpe de puño.

Un débil rayo de luz partió del interior de la covacha é iluminó el rostro de los jugadores.

La puerta fué abierta completamente.

Después de saludar entraron los dos amigos en aquel negocio singular.

Las mohosas paredes estaban totalmente cubiertas de estantes en los cuales había objetos de todas clases y de todas épocas.

Era aquello un verdadero anticuario.

Al lado de cuadros al óleo de afamados pintores, había prendas de vestir, y armas; allá, estatuillas de yeso, objetos de arte; aquí, libros, instrumentos de música, y en fin un verdadero conjunto de objetos que debido á su mala distribución, á su poco aseo, y á la oscilante luz de un miserable candil que el cambista tenía en su derecha, producía á la vista del espectador un curioso y fantasmagórico efecto.

Ramiro así como su compañero que ya conocían el cambio de Abraham, no se extrañaron de todo aquello.

Al contrario, entraron como si fuera su propia casa y tomaron asiento en dos taburetes de madera medio carcomida que había debajo de una mesa.

Abraham, de elevada estatura, delgado, algo encorvado, con ojos pequeños y negros como azabache, nariz larga, parecida á pico de águila sobre cuya encorvadura montaban airosas unas gafas de vidrios verdes, con la barba y el cabello desgreñados, tenía el cuerpo cubierto por una hopalanda que en tiempos anteriores debía haber poseído un tinte negro, pero que á la sazón era más bien amarillenta.

Un gorro de cuero, víctima de la polilla, cubría su deforme cabeza.

Un perro delgaducho, cojo, y de pelaje oscuro, husmeaba el suelo en busca de algo con que calmar el hambre que le atormentaba

Hemos dejado á Ramiro y Alfonso sentados y á Abraham con la candileja en la diestra.

Colocóla sobre la mesa; tosió varias veces, y por fin apoyando su descarnada mano sobre un estante, exclamó:

—¿Venis en busca de dinero?

—Es verdad maese Abraham, replicó Ramiro. Traigo unas joyas de gran valía. Veamos cuanto dais por ellas en calidad de empréstito.

Al tiempo de decir esto echaba sobre la mesa la consabida bolsa, haciendo luego derramar las joyas.

Los ojos del judío despidieron dos rayos que hicieron aumentar el brillo de aquellas. Mirólas un instante revisólas una por una y luego exclamó con voz temblorosa:

—Diez mil pesetas.

¡Como diez mil por unas joyas que valen cincuenta mill! ¿Estáis loco maese Abraham?

Este último pensó durante mucho tiempo. Al fin añadió cinco mil más.

Ramiro quería por lo menos veinticinco mil.

Discutieron bastante para quedar en un término medio: veinte mil.

Firmóse lo necesario, se adquirió el dinero y después de nuevos y corteses saludos los dos jugadores abandonaron aquel lugar mientras que el judío se sonreía y guardaba en sitio seguro las alhajas de la esposa de Ramiro.

*
*
*

Dejemos que Ramiro y Alfonso se dirijan nuevamente á la casa de juego donde la caprichosa fortuna se había burlado de ellos, para volver á la habitación de Elvira, que, sin duda por su estado de excitación, se había despertado pocos momentos después que su esposo se había retirado.

Un velador de pequeño tamaño interrumpía á penas la oscuridad de aquel recinto.

Un penoso y prolongado suspiro interrumpió también el silencio de aquel lugar.

Era de Elvira, de aquella mujer que tenía por esposo á un vil jugador que la conducía irremisiblemente á un fin desgraciado y horrible.

Incorporóse en el lecho y notó la ausencia de aquel, lo que sin duda no debió extrañarle mucho, dado el libertinaje de Ramiro.

De pronto ocultó su candoroso rostro entre sus niveas manos y dejó estallar pro

longados sollozos que hubiesen partido el corazón más endurecido, el corazón menos accesible á sentimientos conmovedores.

Sus labios temblaron y dieron pasos á palabras entrecortadas por el llanto.

—¡Un año! ¡Un año que murió aquel ser querido cuyo pecho era albergue del cariño más puro, del amor más profundo, de aquel que ahora repararía mi angustiada situación!

¡Ah padre querido!... ¡Tú que te hallas en la mansión de los justos, vela aún si lo puedes por tu hija que has abandonado en este mundo infame, por aquella criatura á quien tanto amabas!

¡Quítame del lado de ese monstruo que fué la causa de tu muerte si no quieres que lo sea de la mía!...

¡Y tu madre santa! ¡Por qué me has abandonado también?...

¡Sola en el mundo!

¡¡Que ingratos!!.....

Elvira continuó llorando; lloró mucho hasta que vencida por el dolor, abatida por el sueño y secos sus ojos, dejó caer su rubia cabeza sobre la almohada para quedar nuevamente dormida.

Escenas semejantes á la presente sucedían con frecuencia.

Elvira no podía resistir aquellos dolores inmensos que poco á poco iban minando su físico.

Notábase claramente que aquella débil constitución sufría de una manera atroz y que iba declinando más y más y por tanto podía preverse el fatal fin de aquella desgraciada criatura, fin horrible, envuelto por los más oscuros y tenebrosos sucesos.

Muy niña era aún cuando su madre había dejado el mundo de los vivos.

Su padre, honesto y acaudalado banquero, la amaba entrañablemente por ser su única compañía y la alegría de su hogar.

Pero Ramiro no tardó en hacer bambolear la felicidad de aquellos. En efecto, enamorose de Elvira y más tarde se unió á ella con el simple fin de recojer los caudales del anciano. No tardó Ramiro en adquirir el vicio atroz que más tarde debía arruinarlo por completo. Poco le importaron los disgustos que causaba, hasta que éstos concluyeron con la vida del venerable anciano dejando de esa manera á su ido

latrada hija bajo el poder de aquel ser pervertido.

* * *

Veinte jugadores se encontraban alrededor de una mesa cubierta con un tapete verde; unos con el rostro sonriente, otros con el rostro descompuesto, pálidos, con los ojos inyectados, apoderados de movimientos febriles é incoordinados, dejando vislumbrar la rabia de que estaban poseídos.

Estos últimos eran los que habían jugado el todo por el todo, que habían recurrido á medios extremos y que la suerte les había engañado una vez más, enseñándoles con lecciones crueles que la fortuna no puede alcanzarse por medio del azar.

Entre ellos se contaba Ramiro.

¡Ahora sí que estaba perdido! ¡Ahora sí que no encontraría otro medio para intentar nuevamente la adquisición de grandes caudales sin recurrir al trabajo honesto.

¿El trabajo? Ramiro no podía doblegarse de ningún modo ante las imposiciones de la necesidad para entregarse á él.

No podíamos precisar el tiempo que estuvo en ese lugar donde acababa de perder las veinte mil pesetas que le había prestado Abraham.

Su amigo Alfonso, al ver el estado horrible en que se encontraba Ramiro, se alejó de aquel garito sin avisarle anticipadamente. Tal vez que quería participar de los malos ratos que le podía ocasionar el jugador.

Quando el sol comenzaba á irradiar sus dorados rayos sobre los fértiles campos, donde el pacífico labrador soterrea la simiente regada por el sudor de su rugosa frente, cuando el astro del día empezaba á teñir el Oriente con rosados colores, emblema de la vida, Ramiro abandonó aquel lóbrego y funesto sitio, en estado deplorable.

Había olvidado su sombrero é iba con la cabeza descubierta, con el cabello revuelto, la ropa abandonada, echando rugidos de fiera enjaulada, presa de una fiebre espantosa y dando irregulares pasos y continuos traspiés.

Tanto caminó, que al fin salió de los ejidos de la ciudad sin darse cuenta de ello hasta que jadeante y cansado dejó caer su cuerpo sobre una piedra que se hallaba en el borde de un camino.

Presa de un paroxismo ilimitado, gesticulaba y gritaba como energúmeno; se acordaba de todo menos de su esposa que estaría lamentando la falta de Ramiro, que estaría sobresaltada por su prolongada ausencia.

Recordaba las escenas anteriores, los consejos de Alfonso, el empeño de las alhajas, y por último cuando palpaba sus bolsillos y se encontraba con la triste realidad, se arrancaba el cabello, se desgarraba la ropa y hasta rasgaba sus propias carnes.

¡No era el hombre, era la fiera embravecida que atentaba contra sí misma!

El aire fresco de la mañana produjo su benéfico efecto.

Ramiro reconoció al fin el lugar donde se hallaba y sin abandonar sus primeras ideas, se levantó exclamando:

—¡Por la razón ó la fuerza tendré que encontrar dinero!

*
**

Dos días después de lo sucedido, la ciudad se encontraba alarmada por el crimen y robo que se había perpetrado durante la noche en el cambio de Abraham.

La alarma fué sustituida por el asombro al saber que el criminal no era otro sino Ramiro, que ya se encontraba en poder de la autoridad y metido entre cuatro paredes tan negras como las ideas que le habían llevado á ejecutar una de las acciones mas horribles.

¡Miserable!

Por la razón ó la fuerza había querido hallar dinero, ya que ningún otro medio le auxiliaba y en el robo y el crimen era donde creía sacar producto sin pensar que iría á concluir su vida en una triste cárcel.

Primeramente perdió el amor de los seres queridos, luego sus caudales, más tarde su honor y por último lo más precioso: ¡la libertad!

El fin de Elvira estaba anunciado.

Sola en el mundo como había dicho ella misma, enferma, arrojada de la que había sido su casa, desechada por todos por ser la esposa de un jugador, de un ladrón y de un criminal, tuvo que implorar la caridad pública, arrastrando su misera existencia de un lugar á otro, hasta que al fin fué á morir, olvidada, en un hospital.

Y entre tanto Ramiro, ese hombre vil, el ladrón de honor y de dinero, el mata-

dor de su suegro, de su esposa y de Abraham, purgaba sus delitos en una cárcel esperando que pasara el tiempo de su condena para recuperar nuevamente su libertad.

¡Era tan largo el tiempo que tendría que trascurrir! ¡Quizás sí podría vivir hasta esa época!

*
**

Pasaron treinta años desde que han ocurrido los sucesos ya narrados.

La ciudad se entrega con júbilo á las fiestas de Navidad.

Los escaparates ostentan lujosas novedades; todo será alegría, todo placer.

Uno de los acontecimientos mayores lo constituirá la lotería que se jugará el 25 cuyo premio mayor será una verdadera fortuna.

Un frio glacial reina en el ambiente.

Las calles cubiertas de nieve ofrecen el aspecto de blancas sábanas.

Llega por fin la Noche Buena y el pueblo contento y alegre, olvidando sus tristezas y sinsabores, se entrega por completo á una alegría frenética y desbordante para conmemorar dignamente el nacimiento del Mártir del Gólgota.

Pero el mundo presenta contrastes; si la mayoría puede olvidar, aunque sea momentáneamente, la amargura de su existencia no pasa lo mismo con otros. Dirigid la mirada hacia el portal de la Iglesia Mayor y veréis un grupo de pordioseros y mendigos que extienden su huesosa mano al transeunte para que deposite en ella un óbolo que ha de servirle para remediar su estado de pobreza.

Un anciano de encorvadas espaldas y venerable barba, cubierto su escuálido cuerpo por rotas vestiduras, con el rostro pálido y enjuto, pide con voz temblorosa al alma caritativa, al corazón tierno, un tributo con que amortiguar el hambre que le atormenta y el frío que atiere sus miembros.

Siendo enorme la concurrencia el anciano mendigo, pudo juntar varias monedas de plata que constituían para él un fabuloso caudal.

Una sonrisa agriada sin duda por los dolores, vagó por sus labios.

Creyendo ser suficiente lo que había acumulado, levantose, tomó su báculo y apoyándose en él; aquel hombre octogenario

fué marchando lentamente por una de las calles de mayor agitación.

Al llegar cerca de una esquina picole la curiosidad al ver un grupo de personas que detenidas ante un escaparate clavaban sus miradas sobre varias tiras de papeles numerados que allí había.

Eran billetes de la lotería que se jugarían al día siguiente.

Alguna idea debió cruzar su atribuladamente; tal vez esa idea le hacía recordar escenas pasadas y dos lágrimas salieron de sus ojos, que cual hermosas perlas fueron á engarzarse en su plateada barba.

Sacó el dinero del bolsillo, le contó y hecho esto, el instinto, le hizo dirigir sus pasos al interior del comercio con el fin de comprar uno de los billetes.

Eligió entre varios, uno, le dobló cuidadosamente y luego salió de allí para encaminar sus lentos y pesados pasos á su tristemorada, ¡la morada del mendigo!

¿Quién es ese anciano que tanto ha atraído nuestra atención?

Ese anciano de venerable barba, ese anciano de encorvadas espaldas, es Ramiro, es el matador de su suegro, de su esposa y de Atraham, es el vil jugador, es el ladrón, es la víctima del monstruoso vicio que le ha conducido por ásperas sendas, que ha purgado en tenebrosa cárcel los hechos cometidos en su juventud!...

La eterna memoria de su esposa, los recuerdos de sus malos actos, acompañados por negros remordimientos; la vida de treinta años de prisión llevada en un calabozo, han hecho envejecer aún más aquella criatura que ha encaminado su existencia á la perdición de su honor y de su libertad.

Y ahora, que pudo alcanzarla nuevamente, inútil y achacoso, extiende su mano manchada de sangre humana, para pedir un trozo de pan ó un misero céntimo.

* *

Verificóse al día siguiente el sorteo de la famosa lotería.

Un grupo compacto se apiñaba en el interior de una vasta sala donde se efectuaba el tal sorteo. Todas aquellas personas habían adquirido números de lotería y deseosos de saber si la fortuna les era favorable habían concurrido á aquel sitio.

Arrastrado por sus endebles piernas, Ramiro se dirige al lugar del sorteo, más bien para olvidar los crueles recuerdos que

le atormentaban, que para conocer el número vencedor.

Apoyado en su bastón, con la cabeza inclinada sobre el pecho por el peso de los remordimientos, mudo como una estatua, ocupaba una de las últimas filas.

Transcurrieron dos horas de sorteo, sin que aún hubiese salido el premio mayor.

Por fin se canta uno: el 4040 acompañado por el fabuloso premio de un millón de pesetas: ¡la grande!

Un movimiento enorme se produce en la sala; se repiten las dos cifras; vuelan de boca en boca hasta que son conocidas por todos.

Ramiro que tenía su billete en la mano le observa; su vista parece nublarse, sus piernas se doblegan, lanza un grito agudo, desgarrador, y su cuerpo cae en el duro pavimento.

Ese postrer grito de un ser que fenecce, domina por completo al murmullo reinante que debido á ese suceso, se hace cada vez más intenso.

Los circunstantes más cercanos se aproximan al anciano y le levantan observando con asombro que presenta pocas señales de vida; su rostro livido como el cirio, sus manos crispadas y sus ojos semicerrados, indican una próxima é inevitable catástrofe.

Media hora más tarde Ramiro exhalaba el último suspiro, en el mismo hospital en que su esposa fallecía treinta años atrás, víctima de las crueldades de aquél, pronunciando antes, una sola palabra que condensaba en si toda la vida del jugador:

— ¡Elviral!

Ya cadáver y abierta una de sus apretadas manos se halló en ella un papel arrugado.

Desplegado éste, viose con asombro ser un décimo correspondiente al número 4040, es decir de aquel que había sido agraciado, comprendiéndose de ese modo que la inmensa alegría experimentada por Ramiro había sido la causa de su repentina muerte.

¡La suerte le había burlado por última vez!

Luis M. Moltedo.



AMÉRICO VESPUCCIO

(Conferencia leída en el aula de Historia Americana
POR AGOSTO MUSSO

(Conclusión)

Pasemos ahora à examinar las cartas dirigidas ya à Lorenzo de Medicis, ya à Lorenzo Pedro de Medicis, ya à Lorenzo Pedro Francisco de Medicis, fecha 18 de Julio de 1500, de Marzo 1501 y según otros de 1504.

Si este Lorenzo de Medicis es, como parece serlo en las primeras ediciones, el apellidado el Magnífico, mal hubiera podido Vespuccio dirigirlas cartas en esa época, puesto que había muerto en 1492. Si esta objeción no fuera fundamental, el silencio de Valori, de Fabonio y Roscoe, que escribieron minuciosamente la historia de los dos Lorenzos, con respecto à un suceso de tal importancia como es el descubrimiento de un nuevo mundo, sería prueba bastante grande para excitar nuestra desconfianza.

Los que son partidarios de las pretensiones de Vespuccio podran objetar que aquellas cartas fueron dirigidas à Lorenzo II, cosa no muy probable si tenemos en cuenta que la dedicatoria dice Lorenzo Pedro, que fué el denominado magnífico. Más, supongamos por un momento que fuera para Lorenzo. Este nació en 1492 y todavía no tenía 8 años en la época en que fué redactada la 1ª. carta de Vespuccio ¿Podemos creer que el cosmógrafo florentino, escribiese à un niño sobre descubrimiento y viajes?

De todo lo que dejamos expuesto, podemos afirmar con seguridad y sin ser severos, que los documentos relativos à Vespuccio son infames imposturas y éste un desvergonzado mistificador.

Por otra parte, además de la titulada obra: *Cosmographiæ Introductio*, impresa en Saint Diez y que ya hemos citado como una de las principales causas de error, existe otra publicación hecha en el mismo año; es una colección formada de Montalbodo Francesano en 1507 y que se titula:

«Paises nuevamente encontrados, y nuevo mundo de Américo Vespuccio, florentino intitulado». Esta obra compuesta de varios libros, trata de las navegaciones de los Portugueses y de sus descubrimientos; además de España y del descubrimiento de Colón. En ella se habla de Vespuccio, de varias cartas de pasajeros y relaciones, que en vez de serle favorables à este florentino, son por

el contrario, documentos adversos à sus pretensiones. En una de esas cartas que parece haber sido dirigida por uno de los tratantes à sus correspondientes de Florencia y Venecia, encontramos referencias de los viajes de Cabral y de las producciones de la India; consideraciones sobre las ventajas de dichos viajes y noticias de las prerrogativas que concedían los reyes à los navegantes; cita como causa de los descubrimientos, narraciones de la Biblia y de los clásicos antiguos, demostrando así, vasta erudición, y cosa estraña, ni menciona à Vespuccio. Otra carta fecha en Lisboa en 1502 de Francisco de Santa Cremone à Pascoaligo embajador de Venecia que se hallaba entonces en España, tiene numerosos pormenores sobre los viajes que se van hacer y hasta sobre los buques que se construyen y no tiene, absolutamente, ni una palabra para Vespuccio.

Camus uno de los admiradores de Vespuccio, no conoció esta obra y nos habla de una que se imprimió en Paris por Juan Lambert. Esta obrita compuesta solamente de seis hojas y escrita en latín fué según el decir de algunos, impresa el mismo año que se emprendió el viaje que narra, lo cual es un contrasentido, puesto que mal podían imprimirse en ese mismo año, las relaciones de un viaje que duró 16 meses.

A pesar de las publicaciones de esa época que refieren los viajes de Vespuccio, la edición de Tolomeo, publicada en 1508 por Benavente y Cotta, no solo guarda el más profundo silencio de los supuestos viajes de Vespuccio, sino que también nos dice que el nuevo continente fué descubierto por Colón y los Portugueses.

El sabio Humbold después de hablar de esta y otras obras de aquellos tiempos y, del descubrimiento de Cabral dice: *Paréceme por consiguiente bastante probable que se hicieran de 1500 à 1508 una serie de tentativas portuguesas al sud de Porto Seguro, en la Terræ Santæ Crucis y que algunas vagas nociones de aquellas tentativas sirviesen de base à una multitud de cartas marinas que se fabricaban en los puntos mas frecuentados».*

Podíamos citar aquí también, una cronología hecha por el erudito Vizconde de Santarem, de los viajes emprendidos por los portugueses de 1500 hasta 1508, cronología que concuerda en todo con las afirma-

ciones de los escritores del Tolomeo, lo cual nos demuestra una vez más la falacia de Vesputio y de sus panegiristas. También podríamos citar innumerables obras que nos demostrarían con nuevas pruebas la falsedad de esos viajes. Dados todos los antecedentes que preceden podemos deducir con el vizconde de Santarem:

1º. «La Prioridad del descubrimiento del Nuevo Mundo, pertenece indudablemente á Colón; ó si éste no fué el primero que descubrió esa parte del globo, fué á lo menos el que halló su derrotero y la dió á conocer de un modo positivo; porque si verificó lo que el sacerdote egipcio indicó á Solón el Ateniense sobre la isla Atlántide, como refiere Platón en el Timeo, si realizó la suposición de Eléano; si cumplió la famosa profecía de Séneca en la Medea: si demostró que la historia que cuentan Aristóteles y Teofastro del misterioso buque cartaginés, no era un sueño; si ha patentizado con hechos que tampoco lo era, lo que San Gregorio indicó en una de sus cartas á San Clemente; si Colón, en fin, probó con su descubrimiento la existencia de la tierra que Madoc visitó antes que él, como aseguraron luego Naklyt y Powel, si puso en claro lo que antiguos y modernos miraron como tan incierto y misterioso, su gloria parecerá todavía mas grande é inmarcescible.»

2º. «La prioridad del descubrimiento de la parte oriental del Nuevo Mundo meridional se debe á los navegantes portugueses.»

3º. «Américo Vesputio no mandó ninguna expedición porqué aun en el segundo viaje de Hojeda, no era más que un empleado subalterno. Esta expedición, la única en que parece tomó parte, se limitó á reconocer lo costa de Venezuela, y fué dirigida por el célebre vizcaino Juan de la Cosa.»

4º. «Siendo muy problemáticos los viajes atribuidos á Vesputio, no se debe colocar á este navegante entre los descubridores del Nuevo Mundo, título á que tienen mucho mas derecho Pinzón-Lepe de Bastidas y otros que á lo menos mandaban en jefe las expediciones que siguieron inmediatamente á las de Colón y Cabral.»

Una colección de cartas de los archivos, sacadas de Simancas y Sevilla, nos demuestra con clarividencia que Vesputio estaba empleado en los suministros de las

naves desde el año de 1495, año en que murió su antecesor Verardi; y que ocupó dicho hasta al 99 en cuyo año se embarcó con Hojeda. De estos documentos resulta que Vesputio se naturalizó en España en 1505 y que en esa época tenia aún la contrata de los objetos necesarios para las expediciones salían de Sevilla hasta á 1507 época de la publicación de la *Cosmographiæ Introductio* donde se narran los supuestos descubrimientos de este florentino.

De la lectura de los documentos ante dichos se colige que no fueron tan considerados los servicios de Vesputio, desde que después de 16 años de trabajo en España, se le dió solamente como título, el de Piloto Mayor.

Algunos han querido justificar á Vesputio diciendo que Colón hizo misterio de sus descubrimientos, que Vesputio entonces publicó cartas geográficas, y que por lo tanto debió granearse el agradecimiento de Europa; pero esto es falso, pues solo nos basta recordar en contra, que las cartas de Colón se publicaron en 1493. También podemos observar que en vida de Colón nadie fué lo suficientemente osado, para poner al nuevo mundo el nombre de América.

En efecto, la primera vez que aparece ese nombre es en la *Cosmographiæ Introductio* un año después de acaecida la muerte del inmortal descubridor; esa obra va firmada por Ilacomylus, que según algunos fué instigado á que se diera á la publicidad por el mismo Vesputio; pero aunque así no hubiera sido él le prestó su asentimiento, desde que no protestó contra la inmerecida honra que se le hacía y contra la injusticia que por su causa se cometía.

Los que defienden á Vesputio, dicen para justificarlo, que él nunca afirmó en sus cartas que hubiese descubierto un nuevo mundo, pero si bien él no lo dijo positivamente, lo dá á entender muchas veces, y sobre todo en la carta fecha en 1504 donde dice textualmente: «Salimos del puerto de Cadiz el 10 de Mayo de 1497 y en este viaje que duró 18 meses, descubrimos molta terra ferma é infinite isole;» pasaje en el cual Canovai se apoya, para afirmar que Vesputio descubrió el continente antes que Colón. Esta aseveración que es completamente falsa, ha sido brillantemente refu-

tada por muchos distinguidos críticos é historiadores, razón por la cual podemos observar una vez más la falacia del cosmógrafo y la injusticia que á sabiendas, sigue cometiendo la posteridad con el insigne descubridor del Nuevo Continente.

He concluido:

Montevideo, Agosto de 1897.

A. Musso.

HISTORIA DEL PUERTO DE BUENOS AIRES

Por Eduardo Madero

(Fragmentos)

(Continuación)

La tragedia de Sancti-Spiritu

Durante la ausencia de Gaboto y García, y allá por los últimos días de agosto á los primeros de septiembre del año 1529, tuvo lugar el asalto dado por los indios á la fortaleza, y la muerte de la mitad de la guarnición.

Antes de contar la verdad desconocida hasta hoy—de la histórica tragedia, narraré algunos antecedentes con ella relacionados.

Según el interrogatorio y declaraciones en el sumario levantado por Gaboto el 12 de Octubre de 1529, en San Salvador, cuando este capitán general se ausentaba de Sancti-Spiritu, «encargaba mucho al capitán Caro, que mandase hacer buena guardia»;... «que no se fiase de los indios»;... «que estuviera la artillería presta «é cebadas las lombardas é la mecha é «lombarderos prestos, é que la gente que «hiciese la guardia estuviere con sus armas prestas»;... «que anduviesen rondas por el campo»; y por fin «que hiciese dormir toda la guarnición dentro. «y no la consintiese dormir en sus casas». Estas órdenes de Gaboto parece que fueron descuidadas.

Andando así las cosas, tuvieron lugar los sucesos que probablemente excitaron el deseo de venganza de los indios, y que si no fueron causa de ella, ocasionaron la tragedia. Cuando Gaboto, antes de bajar con García á San Salvador estaba en Sanc-

ti-Spiritu, «supo que los guaraníes habían muerto dos cristianos de su armada «y uno de la de García que venían de las «naos para la fortaleza»; y «se acordó «que diese en tres casas de los guaraníes que estaban cerca é que los matasen», yendo á hacerlo el capitán Caro por mandato de Gaboto con gente de ambas armadas «é se hizo». Como algunos indios se escaparan á una isla frente á la fortaleza, «fué acordado que con cuatro bergantines «é ochenta hombres de las dos armadas «se les fuese á buscar é los matasen sy «pudiese é los hechasen del Río»

La relajación de la disciplina tan común cuando faltan los jefes hasta en las tropas regulares fué acechada por el anhelo de venganza de los indios. Parece que las rondas fuera de la fortaleza no se hacían, y que la guardia que Caro tenía dentro «la «alçavan una ora y media antes del día «claro», yéndose cada uno á pescar y cultivar sus sembrados. El hecho es que la fortaleza fué asaltada por los indios «una ora poco menos antes del día», con la algazara usual entre los salvajes, llevando «hachas de fuego encendidas». Los sorprendidos cristianos, sin hacer resistencia, huyeron luego á los bergantines que estaban en el río de Carcarañá, entrando en uno de ellos (los otros dicen que estaban anegados) y en una barca que allí encontraron. Un tal Alonso Paraça proclamó á sus compañeros, y cinco ó seis volvieron á saltar en tierra; pero arremetidos de nuevo por los indios, tuvieron unos que arrojar al agua, porque el capitán Caro y los que quedaron en la barca zafaron hacia el medio del río—y otros incluso Paraça—se retiraron al bergantín, siendo los refugiados en este 22 personas de la armada de Gaboto y algunos de la de García; que allí quedaron por no haber podido poner á flote el bergantín y por que fué inútil el auxilio que reclamaron del capitán Caro y los tripulantes de la barca, que huyó aguas abajo, sin recojer á un alférez Rivas y otros compañeros que corriendo á lo largo de la costa pedíanles que se detuvieran.

Pocos días después llegó Caro á San Salvador, conduciendo en su barca cincuenta hombres incluso ocho ó diez indios de servicio; Alonso de Santa Cruz fué uno de los que salvó. Como en Sancti Spiritu habían quedado ochenta cristianos

perecerían pues, como la mitad de ellos en la histórica catástrofe. En la asaltada fortaleza perdieron los españoles todas las piezas de metal y «rescates» como llaman—que habían obtenido de los indios.

Así que supo Gaboto lo sucedido, partió con Diego García para el Carcaraña con cuatro bergantines, dos de cada una de las armadas. En seis ó siete días llegaron y hallaron muertos á todos aquellos á quienes iban á socorrer «é la fortaleza robada « é quemada». Viendo Gaboto que no tenía medios para reconstruirla «e que los indios « comarcanos eran sus enemigos», acordó regresar á San Salvador.

Se vé pues cuan novelesca é inesacta es la leyenda de Ruy Díaz de Guzmán. Ni hubo tal Nuño de Lara, ni existió Lucía—la heroína de su novela— ni fué el amor sinó la venganza que armó el brazo de los imaginados Mangoré y Siripo. Lucía Miranda fué, pues, la primera novela escrita en esta tierra de América, y si no tiene el mérito de ser histórica, tiene á lo menos el de haber inspirado el *Siripo* de Labarden y el *Tabaré* de Zorrilla de San Martín. Lós que aún crean que Lucía existió, lean la orden que Carlos V consignó en sus instrucciones á Sebastian Caboto y á Diego García y cuya preciosa redacción es la siguiente:

« Por evitar los daños é inconvenientes « que se syguen é cada día acaescen de yr « mugeres en semejantes armadas, mandamos y defendemos firmemente que en « la dicha armada no vaya ninguna muger « de cualquier calidad que sea y que vos « tengays mucho cuidado de visitar las dichas naos antes de la partida para que « esto se cumpla, por que de lo contrario « recibiríamos mucho deservicio, é si des- « pues de partidas las dichas naos hallara- « des en ella alguna muger sea castigado el « que la metió, como vos pareciere y á ella « hechareis en la primera tierra que tomardes que esté poblada de cristianos».

Carlos V era practico en la materia, y en asuntos de faldas avezado.

VIDA TRISTE

Á LUIS M. MOLTEDO

Sentados alrededor de una mesa de pino que ocupaba el centro del comedor situado en la planta baja del molino del tío Lá-

zaro, nos encontrábamos los pastores de la cercanía, el doctor del pueblo y yo, haciendo compañía á la familia del molinero.

Humeaban varias tazas de aromático café con que nos había brindado el dueño del molino, para calentar nuestro frío cuerpo, debido á lo riguroso de la estación.

Don Alejo, como llamábamos al doctor en los contornos, hacía mas amenas é interesantes aquellas reuniones, refiriéndonos algunos hechos de los tantos que él conocía.

Así es que sin que nosotros le instigáramos, tomó la palabra por su propia voluntad, narrándonos una historia, que nos impresionó sobremanera.

Su espaciosa frente se frunció algo más que de costumbre y acomodandose en su asiento comenzó del siguiente modo:

Allá, en un lugar algo lúgubre por estar en las cercanías de un cementerio y algo solitario por el continuo azote del implacable viento y proximidad del mar, vivía en el hueco profundo de una oscura cueva, un hombre que cansado de la vida y del bullicio de la ciudad, se había retirado á aquel paraje buscando un reposo para su cuerpo y un alivio para su espíritu en extremo quebrantado.

Pasaba sus días en una tristeza continua; su mente estaba fija en un pensamiento que lo consumía lentamente; y más de una vez lo hubieramos visto con sus ropas bastante harapientas sentado en una roca, con su encanecida cabeza entre las manos, comprimiéndola fuertemente por que tales eran las ideas que en ella bullían que temía fuera á estallar.

Por alimento tenía el que sobraba en la única casa que en aquellos lugares existía, habitada por el cura del referido cementerio que vivía en ella hacia veintitrés años, hombre anciano, cuya cabellera por efecto del huracán continuo de la vida había desaparecido, como desaparecen en Otoño las débiles hojas bajo los más ligeros soplos.

Su única ocupación era decir misa los domingos á sus humildes feligreses y dar la última bendición al que dejaba para siempre la azarosa existencia.

A este padre era á quién aquel hombre venía á pedir diariamente lo estrictamente necesario con que mitigar el hambre que le atormentaba.

De su solitario retiro veía sin cesar aquel triste y mudo recinto cercado por cuatro altas paredes. Iba allí con frecuencia á rezar y dar desahogo á su amargura rociando con dolorosas lágrimas un pedazo de suelo que para él valía lo que ningún tesoro de la tierra.

Allí descansaba eternamente su hermana querida, la única hermana y verdadera compañera que había tenido en su vida, la única que lo consolaba en sus momentos tristes y le endulzaba las amargas horas que pasaba desde la muerte de sus padres, acaecida muchos años atrás.

Allí estaban los restos de aquélla que consumida por los dolores y minado su cuerpo por el terrible flajelo que azota la humanidad sin cesar, había caído, en medio de su vida, vencida por el infortunio y la desgracia.

Motivos tenía pues aquel solitario ser para quererla; y motivos tenía para llorar sobre su tumba, desde que él había sido el causante de la irreparable pérdida de la que tanto lo había amado....

* *

Carolina y Horacio eran hijos de un matrimonio bastante honesto, que había podido acumular á fuerza de constancia y de labor un pequeño capital que les sirvió en la vejez para vivir sin el rudo trabajo de sus buenos años.

En aquel hogar todo era felicidad, sin pasar los límites de la modestia. Horacio y su hermana eran queridos por sus padres que veían en ellos los más preciosos frutos de su sincero amor.

Pasaron velozmente los años y el tiempo de las desdichas llegó con rapidez, cuando los dos hermanos perdieron sus padres, que con gran ternura les habían prodigado solícitos cuidados.

Solos, quedaron en el mundo, unidos entre sí por el amor más sincero: el amor de hermanos. En estas circunstancias alquiló Horacio una pequeña y antigua casa de los alrededores de la ciudad; en ella, con los bienes que les habían quedado, y en compañía de una anciana mujer que ayudaba á Carolina en sus quehaceres, vivieron los primeros tiempos en una tranquilidad casi perfecta.

Pocos eran los gastos que tenían, y suficientes las pequeñas rentas para cubrirlos, así es que raras veces tuvieron necesidad de valerse del capital.

Pasaron varios años, Horacio no podía acostumbrarse á aquel paraje apartado, que no le proporcionaba las diversiones de antes siendo por consiguiente muy pocos los días que dejó de frecuentar la ciudad. En ella tenía sus amigos con los que se reunía para divertirse moderadamente, de los cuales, uno llamado Mariano, fué estrechando cada vez más su amistad y alejando así á los otros. Era éste el que le acompañaba siempre y el que siendo algo perverso lo indujo á dejar aquella conducta intachable que hasta entonces había observado. Continuamente lo llevaba á lugares que nunca hubiera frecuentado y de los cuales siempre se habría apartado, á no ser por aquel mal guía de sus inconcientos pasos.

No tardó Horacio en ir á menudo á las casas de juego, focos inmundos de muchos males morales que afligen nuestra sociedad, y en jugar á la par de los mas empedernidos concurrentes.

Allí fué donde aquel ser desgraciado encontró la causa de las desdichas de su pobre hermana y del triste fin de su mala vida.

Bien pronto su fortuna empezó á disminuir tan rápidamente, como aumentaba su entusiasmo; pequeñas fueron las sumas de dinero que al principio jugaba, pero su sed de oro, sed insaciable por fatalidad, hizo que no reparara en cantidades y pusiera en serio peligro aquellos bienes que sus padres le habían dejado como producto modesto de sus reducidas fuerzas.

Pero, cuando el hombre se abandona y rueda por la resbaladiza pendiente del juego, difícilmente se detiene; y como la avalancha que va creciendo en volumen por el aumento de nieve que recoje á su paso, así los seres débiles en fuerzas morales van tomando en su precipitada carrera al abismo, una cantidad de vicios que aumentan su volumen de faltas.

En efecto, Horacio añadió á los que ya tenía, uno más, el de la bebida, vicio abominable que hace del cuerpo un desarreglado organismo y del espíritu un conjunto desordenado de funciones psíquicas con muy poca relación entre sí.

* *

Eran las tres de la madrugada; poco había que el antiguo reloj de pared colgado en la habitación de Carolina había dado

tres sonoras campanadas y Horacio no había llegado aún.

Ella sumamente agitada y nerviosa no podía pegar los párpados y dormir tranquilamente; el presentimiento de que alguna desgracia había pasado á su hermano, que tanto quería, la atormentaba cada vez más sin poder alejarlo de su mente.

En este estado se hallaba, cuando de pronto oye un ruido débil y lejano como el producido por un carruaje que rueda sobre el camino, ruido que nó tardó muchos segundos en hacerse claro y bien perceptible y en llamarle mucho la atención, pues era raro que en aquellos parajes un coche rompiera el profundo silencio de la noche.

¡Cual no sería su asombro y cuan intensa la impresión que le causara, al oír débilmente una voz de hombre que pronunciaba el número 153, el mismo que su casa tenía, y que se paraban bruscamente los caballos lanzados en precipitada carrera! ¿Quiénes eran los que en aquel carruaje venían?

No es muy difícil suponerlo

En él venía Horacio, aquel vicioso empedernido, que completamente tomado y sin un centésimo en el bolsillo, lo traía un amigo que se había compadecido de él.

Carolina no pudo contenerse é impulsada por sus buenos sentimientos corrió hácia la puerta; un inmenso dolor atravesó su corazón. Imposible es describir la escena que tuvo lugar en aquel momento, momento verdaderamente conmovedor, que solamente puede imaginarse pero no describirse, y que había de ser fatal para aquella hermana que desde entonces no cesó de sufrir.

En efecto, desde aquel día se empezó á notar en ella un decaimiento y una tristeza que crecían rápidamente á medida que se reproducían aquellos angustiosos espectáculos; el hermoso color de rosa de sus llenas mejillas fué perdiendo su tono disolviéndose en el agrio líquido [de las desdichas y dolores.

Su débil organismo fué minado poco á poco por el terrible mal que ataca la mayor parte de los seres humanos; se había declarado ya la tisis, esa maldita enfermedad que nos arranca los más estimados frutos del árbol de la vida.

¡Na había remediol... La llama de su existencia se apagaba lentamente sin que

nada pudiera alimentarla; su estado en extremo lastimoso, inspiraba profunda compasión al corazón menos accesible á los sentimientos afectivos.

La postrer esperanza de que aquel ser querido sería arrancado á la muerte, desapareció de la mente de Horacio, del hombre que por los execrables vicios del juego y la bebida había perdido todo aquello que podía constituir su completa felicidad; lo único que le quedaba era esperar el seguro y funesto término de su imperdonable obra.

Carolina con su cuerpo completamente aniquilado y su espíritu por demás entero, hacia meses que estaba tendida en el lecho sin experimentar una simple mejoría.

Llegó por fin la hora del fatal desenlace y sin pronunciar más que el nombre de su idolatrado hermano, que de aquella manera le pagaba su intenso cariño, exhaló el último suspiro; suspiro doloroso de una verdadera mártir.

Desde entonces Horacio no tuvo un momento de tranquilidad; su espíritu era en extremo atormentado por la idea de su culpa en aquella desgracia que había concluido con la felicidad de un modesto hogar

Aquel infortunado hombre que hemos visto viviendo como la última bestia en una cueva triste y solitaria; aquella víctima de sus debilidades que se había retirado á lejanos lugares, era Horacio que arrepentido y corroído por los remordimientos purgaba en una vida amarga y horrible los males cometidos en su desahogada existencia.

* *

Dos lágrimas corrieron por las rugosas mejillas de Don Alejo.

Completamente abrumados por la narración, nos dirijimos á nuestras moradas, prometiéndole asistir á la próxima reunión.

Carlos Butler.

17 de Noviembre de 1897.

Ciro y el Imperio Persa ⁽¹⁾

(Conferencia leída en el aula de Historia Universal)
por ALIMO F. GALLARDO

(Continuación)

Al gran rey, sucedió en el trono su hijo primogénito y con él empezó la defravación del imperio Persa. El nuevo rey fué vicioso y cruel y así, como Ciró llevó la Persia al más alto grado de esplendor; Cambises le quitó su brillo, á causa de sus crueles, y despóticos instintos. Era valiente, más su coraje lo empleaba en hacer mal á su pueblo, y éste, empezaba ya á sentir el yugo de sangrientas tiranías.

El recuerdo de las glorias que habia dejado su padre le encogeuó; creyóse igual y lanzó su ejército contra el Egipto.

Fueron vencidos los egipcios, después de valerosa resistencia y la victoria de Cambises, quedó empañada con la sangre del vencido.

Alcanzado el primer triunfo, en su cerebro fantástico, concibió la idea de someter toda el Africa. En la ejecución de esta locura encontraron la muerte sus mejores tropas; en efecto: el ejército dirigido contra Anom encontró la tumba bajo las arenas del desierto; fracasó la de Cartago pues los fenicios se negaron á batir al pueblo hermano; el dirigido contra la Etiopía tuvo peor fin: faltos de viveres, y cansados, sus soldados llegaron al extremo de la desesperación y se comieron los unos á los otros!

Con estos inmensos desastres el monarca casi perdió la razón y sus delirios de sangre pesaron sobre su pueblo.

Asesinó á Esmerdis, su hermano, y se apoderó de sus dominios; á este fratricidio añadió otro más cruel: el asesinato de su hermana que era al propio tiempo su mujer.

En sus últimos años nadaba en sangre; Cresó estuvo á punto de ser víctima de su saña; profanó la tumba de Amasis, quemando su cadáver y profanó también la de Osimándias; asesinó á Esamenit hijo de aquél

y hasta el buey Apis sucumbió á sus furores. No fué un hombre, sinó una fiera humana; no fué un monarca sinó un tirano despótico.

El odio, que tenían los persas á Cambises, fué aprovechado por dos magos; quienes tomando el nombre del extinto Esmerdis, se levantaron en armas contra el monarca Persa. Marchó Cambises contra ellos al frente de sus tropas, pero un dia al bajar de su caballo, se le cayó la cimitarra, hiriéndose en el muslo, en el mismo lugar donde él habia herido al buey Opis, de resultas del cual, murió maldiciendo al mundo y á su pueblo.

Según Weber, siete años reinó este tirano y belicoso hijo de Ciró; siete años que fueron de torturas para el pueblo Persa y los habitantes del Nilo.

Después de Cambises y por un corto tiempo gobernaron los magos, cuyo gobierno benéfico hizo florecer la Persia más como gobernaban bajo el nombre de Esmerdis y esto se descubriera, siete señores persas se confabularon para destruir este gobierno. Y, habiendo llevado á cabo la empresa con feliz éxito, tocó la corona á Darío hijo de Hindaspes. Con este príncipe se señala el apogeo del imperio.

Laurent dice que Darío era cruel y sanguinario pues se vé en una inscripción del Belustum descifrada por Raulison: «Pharortes fué tomado por mí, le corté las orejas, las narices y los labios, lo mandé encadenar y crucificar con los adictos defensores de Ecbatana » Este hecho brutal y sanguinario demuestra las crueldades y crímenes que tanto rebajaron el nombre Asiático.

Sin duda alguna fué Darío un gran conquistador; así, que, al subir al trono pensó en extender sus dominios, subyugando pueblos y llevando á cabo temerarias y arriesgadas empresas.

Sublevóse Babilonia y Darío la sometió portándose en esta lucha sumamente magnánimo.

Sometida Babilonia, Darío, solo se ocupó en aprontar un ejército para combatir á los Escitas.

Darío pretendió subyugarlo; pero en esta empresa temible, comparable segun Weber con la campaña de Napoleón en Rusia, consiguió solo, dejar tendido en las llanuras de la Escitia, su inmenso ejército, pues de 900.000, solo cien mil hombres volvieron.

(1) Extrañar á nuestros lectores el que se publique aquí la conclusión de la conferencia que sigue, sin que haya visto la luz el principio, pero la causa es que el año pasado, época en la cual empezó á publicarse, no se concluyó dicho trabajo. En el mismo caso está la conferencia de Luis XIV.

Los pocos que sobrevivieron al desastre fueron perseguidos tenazmente y los escitas invadieron la Tracia.

Dice Cantú que la guerra de Darío contra los escitas tuvo grandes consecuencias y aquí es donde hay que buscar el origen de la lucha en que se vieron empeñados, más tarde el Occidente y el Oriente.

Durante algún tiempo permaneció tranquilo en sus estados, pero llevado de su amor á la guerra no tardó en forjar nuevos planes y soñar con nuevas victorias. Se fijó en la Judea y sus ricos productos excitaban su ambición. El griego Celax exploró sus costas y el ejército la conquistó; formando así la vigésima satrapía del imperio.

El imperio estaba en su apogeo y Darío era dueño de casi toda el Asia; entonces pensó en la Europa; atacó á los griegos y dió principio á esas guerras que llenaban de admiración al mundo entero y donde puede decirse que triunfó, la civilización de la barbarie.

Darío fué un conquistador temerario y un gran monarca pues hizo florecer mucho á la Persia, pero fué sanguinario y afeminado; y, se notan en todas las inscripciones que á él se refieren, sus caracteres distintivos: un frío egoísmo, y un orgullo ciego.

He dicho.

Montevideo, Julio de 1896.

Almo F. Gallardo.

ALEJANDRO

*Conferencia leída en la clase de Historia Universal
POR CARLOS LEBGOT*

Conclusión.

La batalla concluyó con la precipitada fuga de Darío y Alejandro ocupa sus capitales.

Darío fué asesinado por 3 sátrapas, entre los cuales se encontraba el gobernador de Bactriana llamado Beso. Alejandro hizo un entierro digno de su rango.

Alejandro tuvo sus faltas, como cualquier mortal, pero esto no debe dar pie, á que sus contrarios lo tachen de «simple conquistador».

Después de la muerte de Darío, Alejandro quedó dueño de la Persia. Pero sin embargo, quedábale un enemigo, es decir, Beso. Beso pensó crear un centro de re-

sistencia en Sogdiana y Bactriana, de cuyas provincias era gobernador; pero Alejandro no quiso que se fortificara y no bien dominó las costas montañosas cuando corre á él someténdolo.

Pero Beso no era el único que se le oponía, había un cómplice de éste que era el gobernador ó mejor dicho, el Sátrapa de Drangiana y Aracosia.

Alejandro lo derrotó y le hizo entregar todo el ejército compuesto de indios. Después que Alejandro entró en Bactriana se cuenta que estaba rodeado de temibles montañeses tanto más valientes cuanto más avanzaban, de modo que se acababan las batallas campales, como la de Arbela, y empiezan las guerrillas, los sitios y los combates contra la naturaleza y contra los hombres. Beso se retiraba á la vista del ejército del joven conquistador; entregó ciudades como la de Aornos y Bactres; atravesó el Iso, y he ahí que Epitameo entrega á Alejandro como prisionero á Beso quien fué mutilado y apaleado frente al ejército.

Nosotros admiramos á Alejandro como genio militar. Pero tenemos que advertir además que se le juzga de muy diferente manera.

El historiador inglés Grote, pone en duda las intenciones favorables de Alejandro para el mejoramiento de la humanidad pero Monstequieu, ha admirado su política Napoleón su genio militar y el sabio Humbolt proclamó su influencia civilizadora.

Alejandro, aspiraba á ser el rey del mundo, pues creyó que, como había un solo sol que enviaba sus esplendrosos rayos para dar vida y colorido á la naturaleza debía haber un solo soberano que administrara los destinos del universo entero. Alejandro se dejó llevar por un orgullo tal que creyó que con el esfuerzo aislado de su persona ó con conjuraciones de mayor ó menor entidad, iba á contrarrestar corrientes impulsadas por hechos innumerables y decisivos, es lo mismo, que creyéramos que con el aliento de nuestra boca vamos á modificar el aire, con los fluidos de nuestros nervios, la electricidad, con el relampagueo de nuestros ojos, el eter con los átomos de nuestro cuerpo el medio ambiente, cuando nadie tiene menester en la vida de tanta circunspección en sus proceder y de tanto espíritu conciliador, co-

mo aquel que, nacido para innovar y para impeler, se encuentra con generaciones hechas con costumbres, tan pegadas al espíritu como nuestras carnes á nuestros huesos; con tiempos viciados por las miasmas desprendidas de innumerables cadáveres; con sus conpersticiones creídas como un dogma y adoradas con verdadero culto, con medio rebelde al progreso, pero endurecido en una secular tradición y en una gloriosa historia. He dicho.

Montevideo, Mayo de 1897.

Carlos Lecot.



ECOS UNIVERSITARIOS

A la Administración de «El Siglo».—Ya que damos á luz el último número de la segunda época de esta publicación, forzoso no es decir dos palabras respecto á nuestras relaciones con la Administración de «El Siglo» en cuya acreditada imprenta editábamos nuestra revista.

La benevolencia con que hemos sido tratados, el mayor número de facilidades que hemos tenido de parte de esa administración, nos obliga á no quedar mudos y á hacer pública nuestra completa satisfacción por el trato recibido, y, sobre todo, el recuerdo simpático que siempre nos quedará de ella.

Al dictar espontáneamente estas líneas, no nos mueve mas deseo que el de hacer justicia expresando nuestro profundo agradecimiento; y pueden creer nuestros lectores que, sin exajeración, en ninguna otra parte hubiéramos podido editar nuestra hoja en condiciones mas ventajosas que allí.

La Administración.

Una nota importante.—El señor Rector de la Universidad, ha pasado una nota á las diversas mesas examinadoras, haciendo presente á los miembros que las integran, que deben ceñirse estrictamente á los nuevos programas en vigencia.

La resolución del Sr. Rector es de importancia, pues sean cuales sean las condiciones de los nuevos programas adoptados, al fin están hechos para ser observados escrupulosamente, y máxime si se tiene

presente que en las pasadas pruebas de Julio hubo examinandos que apesar de haber expresado que deseaban rendir examen de acuerdo con los nuevos programas, se le hicieron preguntas no contenidas en sus textos.

Avisos.—La clase de H. Americana 4er año que debía haberse verificado el 17 del que hoy termina, tendrá lugar en la misma fecha del próximo mes de Diciembre.

El museo de nuestra sección que se venia abriendo los días jueves y sábado, estará en adelante abierto un día más por semana, habiéndose resuelto que sea el martes.

Quedan prevenidos los señores estudiantes de H. Natural

Sería justicia.—Entre los estudiantes de sexto año, es general el deseo de apersonarse al señor decano de nuestra sección, á fin de obtener de éste una prorroga para la realización de los exámenes de Cosmografía.

Según el orden adoptado, las pruebas de esas asignaturas han de efectuarse el 24 de diciembre; ahora bien, el 21 debe tener lugar las de Americana 1er. año, de modo á las de segundo han de venir á tocar precisamente por la misma fecha que los exámenes de Cosmografía.

Creemos que nada costaría postergar los exámenes de esta última materia un par de días, pues debiendo tener lugar de noche unicamente, poca sería la molestia que ocasionaría á la Universidad.

Esperamos que se accederá al justísimo pedido de los interesados.

Exámenes de Filosofía.—Ponemos en conocimiento de los señores estudiantes que deben rendir exámenes de los dos años de Filosofía, que podrán prestar examen de 2.º antes que el de primero. La fecha indicado para aquel es, como se sabe, el 4 del entrante.

Exámenes de ingreso.—Han terminado ya estos exámenes con resultado bastante satisfactorio. Entre los señores examinadores es unánime la opinión de que los examinados se han presentado este año en condiciones superiores á los anteriores. Con todo, puede aceptarse perfectamente un promedio de 40% reprobados.